

PREMIO NACIONAL 2013
AQUILEO J. ECHEVERRÍA
NOVELA

Crimen *con* Sonrisa



EDITORIAL
UCR

Mirta González Suárez

*Crimen
con
Sonrisa*

Mirta González Suárez


EDITORIAL
UCR
2013

CR863.44
G643c

González Suárez, Mirta, 1948-
Crimen con sonrisa / Mirta González Suárez. – 1. ed. –
[San José], C.R. : Edit. UCR, 2013.
x, 451 p. ; 21 cm.

ISBN 978-9968-46-392-8

1. LITERATURA COSTARRICENSE. 2. NOVELA
HISTÓRICA COSTARRICENSE. I. Título.

CIP/2555
CC/SIBDLUCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica
Primera edición: 2013

La EUCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEDUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Edición literaria: *Diana Ávila* • Revisión de pruebas: *La autora*
Diseño, diagramación y control de calidad: *Grettel R. Calderón A.*
Diseño de portada: *Casta Vargas y la autora*

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.
Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr
www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados.
Hecho el depósito de ley.



Contenido

1. Anita	1
2. En la universidad	15
3. La Profe	29
4. Entre la madre y Marilyn Monroe	43
5. El paraíso terrenal	61
6. El infierno celestial.....	75
7. La tortura	93
8. El camino del Ché	103
9. Operación Chanchera	113
10. En algún lugar caen las bombas	129
11. El Padre Chico.....	147
12. Dolores	157
13. La máquina	173
14. Disparos en la noche.....	185
15. Terroristas.....	199

16. Vivi	215
17. Es un monstruo grande.....	227
18. Popeye	239
19. A golpe de bastón.....	253
20. Fidelidad y virginidad	265
21. Violaciones en La Cruz	277
22. Viva la Pepa	287
23. Asesinatos en la universidad.....	303
24. El psicópata.....	319
25. La muerte siempre acecha.....	331
26. La patada.....	343
27. Marlin	357
28. Sin cabeza	371
29. Maquiavelo	387
30. La Sibila.....	405
Algunos hechos históricos de la época del relato	415
Notas.....	421
Acerca de la autora.....	451

Anita

Ojalá que el tiempo pase volando, pidió, sin recordar que el diablo también concede deseos. Apenas iniciaba el año 1977 y Juan tenía la mente puesta en marzo, cuando la universidad abriera las puertas y allí estaría él, con sus pantalones azules bien planchados y una camisa impecable.

Antes de decidirse por Psicología meditó bastante la escogencia: le gustaba Economía, Periodismo, Antropología, Historia e incluso Medicina, la única carrera con proceso de selección pero aun así pudo considerarla entre las alternativas debido a su elevada nota de ingreso.

La beca por baja condición socioeconómica cubría la matrícula completa pero no costaba los materiales didácticos ni el transporte, razón por la cual ese verano, más que un tiempo de vacaciones, aparecía como una oportunidad para ganar algo extra, aparte de los gastos fijos requeridos para pagar el alquiler de la casa y el diario comer.

Como siempre, fue a buscar a su mamá al estanco donde compraban leche, arroz y frijoles, todo a menos del costo por estar subvencionado por el Estado. Doña Luisa aparentaba no haber comido en muchos días, adherida la piel al esqueleto avaro, cubierto con lo mínimo indispensable para no quedar transparente con la osamenta visible bajo la luz radiante. Desde las seis de la mañana se plantaba erguida en la fila y hacia las nueve llegaba él, para echarse el atado al hombro como hacían en el mercado y era más cómodo pues las bolsas de manigueta al rato entumecían los dedos.

A pasito lento y con la carga al tope, caminaban por la calle quinientas varas hasta que ella abría el portón ya casi derruido y volvía a ensartar el alambre que lo amarraba a la cerca cubierta con la enredadera de triquitraque, muy bonita, lástima que dejaba el barrio hecho un asco cuando las flores anaranjadas desfallecían retorcidas sobre la acera.

La puerta de la casa todavía tenía resabios de pintura blanca, perverso color con esos vientos recolectores de todo el polvo del mundo que se filtraba entre las hendijas con aterrizaje forzoso en la salita-cocina-comedor de cemento lujado, brillante a fuerza de restregarle diesel, porque no había alcanzado para mosaico cuando en un momento de suerte el papá les envió una plata e hicieron un arreglo con el dueño para que no les subiera el alquiler y salir del piso de tierra.

A quitar las tazas del café, el jarrito de leche, el azúcar y las dos tortillas sobrantes del desayuno, para dejar espacio en la tabla cubierta de dentelladas por el ajeteo con el trituradora, regalo de una vecina moderna que prefería comprar el maíz listo de una vez.

Doña Luisa se cambió el vestido de salir y con manos seguras ajustó el lazo del delantal a la espalda. Apoyó el paste en la mesa y lo empapó con la medida mínima del guacal, costumbre que había aprendido desde niña cuando no había agua corriente y debía jalarla del río hasta la pila, aljibe moderno que permitía acumular el líquido sin malgastar nada. En la época lluviosa daba gusto la abundancia, pero en la seca, cuando el sol era una bendición y un castigo, el río empezaba a ralear y había momentos en que semejaba un fango movedizo donde las olominas temblaban y se las podía juntar una a una con cuidado, limpiarlas por arriba y freírlas en grasa de cerdo.

“El desperdicio es el mayor pecado” era la filosofía de doña Luisa, precisa y magra en su modo de ver el mundo, un mundo cuyas piedras no eran obstáculos sino lo esperado y los tropiezos servían para reafirmar el destino. En ese mundo previsible todo sucedía acompasado en un tiempo y un lugar: primero se desgranaban los elotes, después correspondía escoger los mejores granos y empacarlos en bolsas que necesariamente debían colgarse del techo, a salvo de los roedores. La seguridad era el resultado de continuar haciendo cada cosa tal como se lo habían enseñado de generación en generación.

Humedeció el paste y acarició su forma de garrote hasta sentirlo flácido, insertó un pedacito de jabón azul en el túnel cavernoso y se aprestó a fregar la mesa, enjuagando con cuidado el turbio fluido.

En el borde magullado asentó el molino y después verificó que Juan –encorvado sobre el fregadero– hubiera separado las cáscaras del maíz quitando con delicadeza los vellos, pasos obligatorios para entregarle el mango del castrante

cuchillo que le permitiría desnudar de un tajo las mazorcas tiernas. Carente de sonrisas, apenas con una caída de ojos, le indicó su lugar para empezar a dar vueltas y más vueltas a la manivela mientras ella vaciaba las semillas iguales a las muelas de un lagarto infinito. Faltaba batir los huevos, mezclar todo con la tapa de dulce disuelta en leche, llenar los moldes engrasados y ponerlos en la boca del fogón.

Era entonces el turno del maíz duro, convertido por el traqueteo circular de los brazos en una cascada de harina dorada que bajaba hasta llegar al tope de la olla tamalera, cuando, sin perder el ritmo, había que cambiarla por otra para no malgastar ni una pizca. En esta segunda tanda la mesa debía estar seca y sin manchas, impecable como una camilla de operación desplegada estéril para amalgamar la pasta, extenderla bajo el compás febril del rodillo tieso, marcar las formas con una lata, untar la guayaba, pintar los bordes con clara de huevo y doblar los redondeles por el centro dejando las empanadas en fila para bañarlas, indiferentes a los crujidos, en la manteca fogosa.

La máxima precisión –por eso de las pringadas ardientes– culminaba al darles vuelta, previa vista del doradito indicador del momento justo seguido por el rescate del caldero infernal, cuando solo quedaba acomodarlas en la canasta rodeadas de limpiones blancos, bien cobijadas para salir a vender.

Ese día, sin embargo, el plan era otro y las llenaron además de trocitos de chicharrón y algunas hasta con cecina deshilachada que se había preparado la víspera. Atardecía cuando salieron para la fiesta con el tamal de elote, dos canastas repletas de empanaditas dulces y una olla panzona de saladas.

La dueña de la casa les abrió la puerta de la cocina, frotándose las manos por la puntualidad y el aroma.

—Ya casi empiezan a llegar —murmuró, arreglándose el collarcito con el crucifijo que tenía el único defecto de desacomodarse y acabar en la nuca.

—Ahí tiene su platita y después le mando los recipientes —dijo, pero en eso se quedó mirando a Juan y, como si hubiera recibido un mensaje divino, elevó los brazos al cielo y glorificó a Dios diciendo qué dicha ver a su hijo, tan colaborador, porque eso se iba a poner de locos y le agradecería mil si se quedaba para servir los tragos, pues vaya a saber cuánta gente aparecía y ella y la empleada no podían estar en todo. La mamá asintió sin consultarle, pero igual estuvo de acuerdo, más cuando le preguntaron el costo del favor y Juan contestó bajando los ojos que lo que tuviera a bien. Entonces la doña le puso confianzuda el brazo sobre el hombro y lo arrastró al dormitorio principal, cerrando la puerta con un pase de piernas.

Era un cuarto con vista al jardín de atrás, donde estaba el rancho típico y las bancas acomodadas para la ocasión. Alumbradas por los reflectores, las veraneras se recostaban sobre la tapia ocultando las espinas bajo las flores, que en realidad eran hojas color sangre. Al fondo estaba el marido dándole a la parrilla, soplando afanoso con la cara como un tomate y los cachetes hinchados. Por la ventana de celosías la señora le gritó:

—¡Dejá eso y vení a cambiarte de ropa que parecés un por-diosero!

De inmediato abrió el ropero de tres puertas, lanzó un suspiro y frunció el entrecejo para ayudar al pensamiento; con la

cara sumergida en las profundidades bufó hasta retornar a la superficie con una camisa blanca, le dio vuelta a Juan y se la midió sobre los hombros.

—Esta te va —dictaminó, y tenía buen ojo porque cuando el último botón estuvo insertado en el ojal apenas necesitó unas palmaditas en el pecho para disimular el tiempo que llevaba guardada en el baúl de los recuerdos.

—Así está mejor —remachó acomodándole el pelo. En el trayecto hacia el patio se cruzó con el señor, a quien, apurada, se lo presentó como Juancito, el hijo de doña Luisa, que va a ser el mesero, y sin más le mostró el bar diciéndole que el momento supremo era el ponche que había elaborado ella misma con yemas, leche y ron y para eso estaban las copitas redondas, igualitas a las de champán.

—Se reparte con cucharón. A las chiquillas usted les sirve fresco de naranja, y vea aquí el pichel lleno. A los muchachos, si los ve centrados, les puede dar alguna cerveza, pero no más de una, para que no se armen pleitos. Si llegan los papás, a esos sí, bar abierto. El asunto es fácil, Juan: los entremeses van en esta bandeja y, para no hacer mucho enredo, las empanadas saladas se reparten de a poquito, después viene el brindis, sigue la carne asada con el chorizo en tortilla y ya hacia el final las empanaditas dulces y el tamal cortado en trocitos. Todo perfecto y ya salgo a ayudar a la bebé.

La bebé no necesitaba ayuda: bajó del segundo piso vestida primorosamente de encajes color malva, ojos pintados por sus amigas en un tono azul Nefertiti, labios embadurnados de fucsia y una confusión de perfumes que enrarecía el ambiente. Al oír el timbre corrió a la puerta seguida por tres jóvenes que hablaban francés y ponían la boquita fruncida

para repetir: —*Salut ma chère!* —haciendo ronda a la homenajeada mientras exclamaban: —*Bon anniversaire!*

Las muchachas traían cajas cubiertas de papel plateado con princesas de cabellos rubios dibujadas en tinta china, amarradas por desmesurados lazos rosados. Margarita, a quien le decían Marge, pegaba saltos a la entrada, tomaba los paquetes y tapándose la boca para que no le vieran los dientes disparejos, abría las sorpresas con un ¡ah! y un ¡oh! a medida que aparecían los joyeros, las blusas importadas de Miami, aquí un bolso guatemalteco de Carlos, allá un juego de maquillaje en forma de mariposa seguro de Elvira porque la mamá se redondea el sueldo trayendo mercadería sin impuestos de Panamá.

—Este perfume debe ser un hueso de Navidad —murmura Andrea y Marge se pone el dedo en la boca para callarla y parar la mala educación.

Hay un grupo atraído por la música, esperanzado en encontrar algo pasable en el mueble del tocadiscos.

—Parece un anticuario: solo discos pequeños de 45 revoluciones —se lamenta Carlos.

—Aquí salen Los Machucambos. ¡Qué pereza con ese de la mamá que se muere, tan lagrimosa! Apenas para amargar la tarde —se queja Anita.

—Se hicieron famosos con Pepito mi corazón, una idiotez absolutamente pasada de moda. En cambio la funda de Sargent Pepper refleja los nuevos tiempos —alega Elvira acomodándose el peinado impenetrable gracias a toneladas de laca distribuidas alrededor de la cabellera.

—Muy audaz la idea de incluir a Marilyn Monroe a la par de Marx, Freud y Jung —sostiene Carlos entre la ironía y el asombro.

—Ni tanto —lo corrige Vivi—. Los muy cobardes decidieron quitar a Jesús, Ghandi y Hitler para no tener problemas que les mermaran las ventas. ¿No habrá algún cassette? Rebuscá en la consola —sugiere para finalizar el tema espinoso.

Apoltronadas en el sofá, las mamás cuchicheaban desamores y amarguras varias. Los papás sacaron las sillas de la sala y se arrebujaron cerca del fuego, tortilla va y tortilla viene con chorizo y chicharrón, todos contentos porque falta un año para las elecciones pero cada quien tiene su candidato. El tata de Marge pulseándola con el Partido Liberación Nacional, que va a ganar porque tenemos la mejor organización y la mejor gente, y el papá de Andrea responde que su familia siempre fue mariachi y aunque no lo hubiera sido todo el mundo sabe que lo que le interesa al gobierno es llenarse los bolsillos.

—La maña viene del capo —señaló el papá de Anita—. Basta recordar a Vesco para certificar la relación entre dólares y política.¹ ¡Hasta a Nixon se le hizo agua la boca cuando vio el caudal de dólares que le ofrecía este poderoso caballero!

—Exacto —afirmó el tío de Marge, más para picar al cuñado que por posición ideológica—. Don Pepe es como el rey Midas al revés. ¡Imagínense que convirtió a Vesco² en millonario! Es decir —susurró hablando en secreto—: el hombre llegó a Costa Rica multimillonario y así quedó..

—En efecto —prosiguió el papá de Anita—. Ahí tienen al presidente: las malas lenguas dicen que Vesco³ le entregó medio millón de dólares para la campaña.

El tío de Marge, con la boca llena, no pudo aguantar el comentario: —Tome en cuenta que Daniel Oduber se ganó la presidencia por derecho —lo que se hereda no se hurta— como buen sobrino de Bernardo Soto y nieto de Apolinar Soto, ambos ex presidentes. Si seguimos así vamos a retroceder de la república a la monarquía.

El papá de Anita afirmó de inmediato su juicio: —¡El mismísimo don Pepe se ha quejado del tráfico de dinero para las campañas electorales!⁴

El tata de Marge, con unos cuantos whiskies entre pecho y espalda, no se va a quedar callado por ser el anfitrión y obviando los buenos modales se atreve a contradecir:

—Esas son calumnias, cochinas de los contrarios carentes de razones para criticar a un gobierno excelente, tan amplio que él mismo propuso la ley 4-3 para los bancos, es decir, de ahora en adelante las juntas directivas estarán conformadas por cuatro del gobierno y tres de la oposición, demostración fehaciente de que no es ningún buchón y comparte el poder.

El otro, bastante necio, retoma la retahíla: —La única forma de quitarles el confite es votando por el Macho Carazo. Acuérdesse de McAlpin,⁵ financiero que nos llega de regalo huyendo de la justicia, y, por supuesto, todo lo endulzó repartiéndolo dólares. Y eso no es nada: vaya cualquier día a ver las vacas de exportación, muy especiales por ser las únicas que ponen huevos, eso sí, de coca, y en lugar de rumiar y rumiar siguen una dieta estricta para no mezclar el zacate con la carga de preservativos repletos de drogas al por mayor.

Ante la grosería anticonceptiva, la señora hizo una mueca llamando a la urbanidad, pero los muchachos ya habían

oído y discretamente, como quien no quiere la cosa, se acercaron al calor de la fogata ancestral y detrás llegaron las jóvenes, cansadas de probarse cremas y lociones. Fue Carlos quien descalificó a todos los partidos de la burguesía manifestando que ya era hora de asegurar la participación popular en lugar de la de unos pocos, indispensable para darle más fuerza a la distribución de la riqueza con cooperativas y empresas estatales, que no buscaban el mero lucro.

Sin esperar que terminara, el dueño de casa se abalanzó para pontificar que los extremismos nunca eran buenos y, entre hipos ofuscados, concluyó alegando que hablaban así porque les faltaba madurar pero cuando llegaran a su edad se iban a dar cuenta de que lo importante era la familia y su bienestar, más que ideas subversivas que a nada llevaban.

Los muchachos miraron a las muchachas con un meneo de cabeza y revolear de ojos que claramente significaba: “Estos viejos chapas no entienden nada”. En ese momento la mamá de Marge se vio impelida a ingresar en misión pacífica, no se fueran a agarrar por esa tontera, y sonriente aseguró que la política era como la lotería: a nadie le interesaba ganar un poquito sino el premio mayor. Anita, de forma irreverente —así es la juventud— la corrigió afirmando que no era un buen ejemplo porque la lotería era para beneficio del pueblo por medio de la Junta de Protección Social. Entonces el tío precisó que el gobierno ya tenía demasiadas empresas: la fábrica estatal de cemento, fertilizantes, seguros, línea aérea, los bancos y así muchas que daban un pésimo servicio y en buena hora se privatizaran.

La mamá de Marge hubiera continuado con su buena intención pero tenía cosas más urgentes que resolver y salió apurada para indicar a Juan y a la empleada que era el momento del brindis y había que empezar a servir el ponche.

Acto seguido buscó el disco de Strauss y después aleccionó a su hija para que subiera a la segunda planta, se acomodara el peinado y descendiera en entrada triunfal al compás de la música. A la segunda vuelta del *Danubio Azul*, Margarita bajó con la frente en alto, una mano sobre la balaustrada y la otra delicadamente posada sobre el vestido de tul.

Abajo la esperaba su papá con saco y corbata, el vaso en una mano y la rosa roja en la otra para acompañar los antiguos versos que Rubén Darío le dedicara a Margarita Debayle:

*Éste era un rey que tenía
un palacio de diamantes,
una tienda hecha de día
y un rebaño de elefantes,
un kiosko de malaquita,
un gran manto de tisú,
y una gentil princesita,
tan bonita, Margarita,
tan bonita como tú.⁶*

Después del “tú” no pudo seguir por la emoción y la falta de memoria, pero todavía tenía que completar ese espacio que le correspondía a él como pater familias, si bien, lamentablemente, siempre había sido escueto y práctico en sus palabras, por lo que terminó de forma sencilla agradeciendo la presencia de los que se encontraban reunidos para compartir ese momento especial con Margarita, a quien, desde lo más profundo de su corazón, le deseaba la máxima felicidad y que se le cumplieran todos los sueños de su vida.

Levantó entonces la copa y los invitados aplaudieron mentalmente porque estaban empinando el pseudorompepe, muy apropiado para dejarles bigotes completos de leche

azucarada. Margarita tomó un sorbo modesto del mismo vaso de su papá, recibió la rosa con una gran sonrisa y hubiera alzado la mano para taparse los dientes desordenados si no fuera porque en eso se repitió el *Danubio Azul* y la flor inició las vueltas y vueltas sobre la espalda de aquel hombre de bigotes que no se enternecía por nada y en ese momento tenía los ojos llenos de lágrimas al llevar a su chiquita del talle y verla tan hermosa como un querubín.

La fiesta entera, con excepción de Juan y la empleada, que estaban recogiendo los vasos vacíos en sus bandejas, trepidó en aplausos y rapidito se inició la fila de jóvenes y viejos que querían tener el honor de recoger la rosa y dar unas vueltas por el cielo de la agasajada.

Juan apuró el paso rumbo a la cocina y recuperó las cestas encaramadas sobre la refrigeradora, lugar estratégico para alejar a los ratones reales y humanos. Cuando vio la marca se acordó de un chiste y estaba riéndose solo como un tonto cuando entró la muchachita de los ojos grandes y parándose de frente le preguntó: —¿Qué hay de gracioso? —y no le quedó más que contarle el incidente internacional ocurrido cuando el embajador gringo le regaló una nevera al presidente de Nicaragua y el mandamás se ofendió y no se la quiso recibir porque en la puerta decía General Electric y él era el General Somoza.

Ella le preguntó si conocía el del cementerio y cuando meneó la cabeza le contó que Somoza era tan malo, tan malo que había bombardeado un cementerio dejando veinte muertos heridos.

Juan se la quedó mirando con una sonrisa más embobada que comprensiva de la ironía y ella aprovechó para decirle: —Yo te conozco desde hace años; sos el hijo de la señora que vende tosteles. ¿No me ubicás? Los compramos siempre en la parada.

Juan se acordó de un montón de muchachas que se creían la gran cosa porque iban a colegio privado. Al regreso de clases, con el mayor desparpajo, se asomaban por la ventanilla gritando ¡Madame, Madame! y su mamá corría con la canasta para que escogieran lo que deseaban adquirir. Seguro era una de esas malcriadas y debió serlo, porque de pronto le dio un beso como si lo conociera de toda una vida y se presentó estilo Tarzán: “Tú Juan y yo Anita”.

—Y aquí está la mona Chita —exclamó una chiquilla divertida, estirando los dedos hacia la cesta.

—¡Ay, Vivi, me leíste el pensamiento! —confesó Anita, a la espera de que Juan acabara de desanudar el paño—. Estas delicias son lo único que extraño durante las vacaciones.

A la vista del manjar, sin embargo, tomaron un tiempo para asegurarse de seleccionar de acuerdo con su antojo, sea porque les gustaba más la costra o todavía suavécitas, con más o menos azúcar. La concentración requería morderlas con cuidado, empezando por el rizo de los bordes, y continuar sistemáticamente hacia adentro, donde la guayaba explotaba y se esparcía requiriendo de contorsiones que llevaban a una a mirar el cielo abriendo la boca como sapo al sol, mientras la otra hacía esfuerzos por quitar la mancha de la blusa. Él hubiera deseado seguir contemplándolas en silencio, pero en ese instante, cuando se chupaban los dedos con fruición, apareció Carlos, quien, por su educación universitaria, se creía conocedor de los recovecos del mundo.

—Así las quería pescar, acaparando los postres —reclamó sosteniéndose en los hombros de cada una.

Vivi, pronta, le contestó que nada de eso, más bien le explicaba al joven el rito quinceañero consistente en presentar a las señoritas en sociedad para dejar claro que de ahí en adelante entraban al mercado y estaban por ende sujetas a la oferta y la demanda.

El muchacho, deseoso de mostrar sus recientes estudios antropológicos, siguió elaborando la teoría y le recomendó a su amiga centrarse en lo simbólico, tipo Levy-Strauss, porque la rosa roja, pasada del padre a manos del resto de los muchachos, merecía una interpretación más científica y ahí Juan sintió más confianza y afirmó que según la teoría de Freud el asunto estaba clarísimo, con complejo de Edipo incluido, aunque inmediatamente se arrepintió del comentario soez cuando Anita se sonrojó.

Por dicha Carlos era de ideas fijas y siguió preguntándole cuándo iba a ser su presentación al mercado, a lo que Vivi respondió que no se hiciera ilusiones porque recién iba para los catorce, así que calmado.

—Está a la vuelta de la esquina —le replicó guiñando el ojo—, igual quiero saber la fecha exacta para ponerla en agenda.

—Cumpló en febrero, pero te tengo una noticia buena y otra mala. La buena es que mi papá va a gastar un dineral en la celebración.

—¿Y la mala?

—Le voy a pedir que en lugar de fiesta me regale un viaje a México.

—¿Qué te parece si festejamos en las pirámides? —remató Carlos, y sin esperar respuesta se las llevó a bailar una cumbia a la luz de la luna.

En la universidad

A lo lejos divisó el bus amarillo, chatarra reciclada del sistema de transporte escolar de Estados Unidos, con el nombre dibujado a un costado en letras de imprenta —“Patriots High School”— que a nadie le interesaba borrar. Subió de un brinco por la puerta de atrás y se topó con el cobrador, el puño erguido convertido en un chilindrín de alegres monedas; rebuscó en el pantalón y le entregó la peseta. La última fila del lado izquierdo constituía el campo ideal para divisar la Iglesia de San Pedro, blanca y fría como la piedra que representaba. No hubo necesidad de concentración: cincuenta varas antes, como títeres súbitamente elevados por las cuerdas, un montón de jóvenes se apretujó a la salida y en un todo compacto descendieron frente al parque, integrándolo a la ola que cruzaba la calle deteniendo el tránsito.

A sus dieciocho años Juan no sabía que la mejor novela dramática es la propia vida, aun aquella en la que no pasa nada porque se ha tenido la fortuna de nacer en el país de la paz y la democracia centenaria. Susurro de Casandra era,

pues, el escalofrío irracional que le subía por la espalda y se acomodaba como un tímido temblor en la punta de los dedos al compás de las campanas de la iglesia que con sus ruidos metálicos le hicieron levantar la vista y ver el reloj sobre el escudo papal: eran apenas las ocho de la mañana y la clase empezaba hasta las nueve. Por estar contemplando las alturas tropezó con el balde del conserje encargado de limpiar cada día el busto de Kennedy —mejor dicho, la cabeza— pintada impunemente de rojo sangre.

—Mire por dónde camina hijo e'puta—, le recriminó sin mirarlo, y por debajo continuó maldiciendo —tal y como le había dicho su jefe— a los vándalos que no apreciaban el valor del ornato ciudadano.

Por prevención continuó camuflado entre dos grupos de estudiantes —tez morena, cabello podado y amaestrado, ojos cafés haciendo juego— directo por la estrecha acera de la Municipalidad, hasta que una joven de minifalda paró de pronto la procesión asombrada ante el perezoso que colgaba del bambú, dormilón selenita con brazos de orangután y pezuñas como tenazas de langosta.

—Si se cae no se le ocurra levantarlo porque la prensa y no la suelta —le aconsejó uno al pasar.

—Yo la apretaría con más ganas, mamita divina —replicó otro por detrás.

Unos chiquillos sucios aprovecharon para entrometerse: —Deme algo que desde anoche no pruebo bocado —mentira obvia, apenas justa para que la chica les deslizara una moneda con tal de evitar el bochornoso espectáculo de la realidad nacional.

Las jacarandas se ubicaban airosas, como modelos conscientes de la magnificencia de sus flores moradas, en esmerada hilera frente a la entrada principal de la universidad. Detrás de la tenue sombra resplandecían los tres niveles de vidrios luminosos de la Biblioteca Carlos Monge Alfaro, acompañada a la derecha por otro edificio rectangular, el de Estudios Generales, su meta de la mañana. Entre ambos se expandía el pretil, imperativo lugar de encuentro para estudiantes y docentes.

Juan caminó con cautela, mirando disimulado a la pareja que se apretaba desvergonzadamente a la vista de todos y, no conforme con el espectáculo, la muchacha de pronto se daba vuelta y besaba apasionadamente a cuanto compañero se le acercaba. Hacía tres meses que no se veían. Absorto estaba ante semejante desfachatez cuando otro que estrujaba a la novia por la cintura, como si él hubiera tenido un cartel colgado en la frente, gritó: ¡Pelo, pelo! Era la peluquería obligada, rito de iniciación de los novatos, práctica que había sido abolida el año anterior gracias al escándalo que hizo un delicado cuando le punzaron la ceja y casi pierde un ojo. ¡Pelo, pelo! se oyó desde los pasillos y una turba comenzó a rodearlo con gestos amenazadores. La gritadera alcanzó proporciones de motín y en medio del escándalo tuvieron que esconder las tijeras, porque era expulsión segura. El momento de duda fue suficiente para que Juan se deslizara puertas adentro, donde otro montón de jóvenes buscaba sin cesar fichas de cartón prensadas por un tubo de metal que iba de lado a lado en una serie de cajoncitos de madera barnizada, con rótulos en orden alfabético. ¿Cómo nos distinguen a los nuevos? se preguntó, y una vez que recobró el aliento cruzó el pretil corriendo con la cabeza gacha, perseguido nuevamente por el incesante ¡Pelo, pelo!

Subió a saltos hasta el cuarto piso y desde las máximas alturas el jadeo le disminuyó progresivamente al contemplar la Plaza 24 de abril, sembrada de raquíuticos porós cuya juventud semejava la de las parejas recostadas sobre el zacate. A un lado todo el bullicio de los atacantes de tijeras, al otro la paz bucólica del campo.

El cuadrante verde remedaba un típico pueblo colonial delimitado en los cuatro puntos cardinales, paradójicamente, por austeros edificios modernistas: al sur la espalda de la Biblioteca, al norte los tres pisos del Edificio de Aulas donde tendría que ir al día siguiente, ambos de igual altura, si bien el segundo parecía mucho más bajo debido a que el terreno descendía armoniosamente hasta el riachuelo que cerraba el paso hacia el sector de Ciencias Médicas y Naturales. Él se encontraba al este, en una de las construcciones más altas, albergue de diversas carreras separadas por los pisos y la costumbre: en el sótano Sociales, al centro Generales seguido por Filología y Letras, para culminar, más arriba aun, con el decanato de Ciencias Básicas. Enfrente, pasando el césped, se encontraba, como imagen en espejo, la deslucida estructura de Ingeniería, apenas a un paso del introvertido bastión de Físico-Matemática, sobre cuyas terrazas planas se divisaba a lo lejos el esqueleto de Derecho, encerrado y oscuro, en la entrada oeste de la ciudad universitaria.

Haciendo oídos sordos al bochinche, apretó el cuaderno bajo el brazo y preguntó la hora. No habían pasado ni quince minutos. El tiempo se apropiaba de la elasticidad del chicle antes de terminar pegado bajo la silla, en relación directa con la energía persistente que reconstruía a Anita, cercana e inalcanzable, en un aula del Liceo. Haciendo números se dio cuenta de que con suerte él ya se habría graduado de

bachiller cuando ella ingresara a la universidad, pero igual la podría guiar y no estaría tan sola como él, sin saber bien qué hacer ni dónde ir.

Faltaba todavía un cuarto para las nueve cuando descendió corriendo por las gradas. En la planta más baja estaban las oficinas de la Escuela de Ciencias del Hombre que abarcaba Psicología, Antropología y Sociología. Voy a preguntar si se necesita algún otro documento para la beca, pensó, y dio tres golpecitos tímidos a la puerta entreabierta. Desde adentro, una muchacha con anteojos circulares parecidos a los de John Lennon y una camiseta bordada de flores multicolores bajo la cual en absoluta libertad se desplazaban los pechos erguidos, le hizo señas con la mano invitándolo a pasar. Juntaba febrilmente sus papeles y le explicó afanosa que le correspondía impartir la clase inaugural.

—Esa duda te la contestan mejor en la oficina siguiente. Preguntá por Olger, el secretario administrativo, aunque me parece que las becas se tramitan en el Registro —recomendó apurada.

Como ya casi era hora de la primera conferencia, decidió dejarlo para después y cruzó el pasillo, apenas para dar un vistazo y darse cuenta de que entre la nutrida asistencia solo había cuatro varones más. Para no molestar, Juan se sentó cerca de la salida, al lado de un barbudo que parecía unos años mayor que él.

La joven profesora de los lentes redondos subió de un salto al escenario, se acomodó los jeans y les dio la bienvenida; acto seguido, afirmó que la Psicología era importante no solo para comprender qué le pasaba a cada persona sino también para entender cómo funcionaba la sociedad y justamente esa era la perspectiva de la cátedra que coordinaba:

hacer conciencia para poder cambiar tanta injusticia que perjudicaba al país entero. Indicó también que las clases se iban a dividir en dos sesiones: las lecciones magistrales, gran oportunidad de escuchar los últimos avances en cada materia, y tres horas extras en grupos pequeños para profundizar en los temas.

Aprovechó entonces para llamar al podio a dos docentes a los que ubicó —inconscientemente— en orden cronológico y de importancia: a su derecha una muchacha de vestido vaporoso, casi transparente, que dejaba imaginar unas piernas atléticas, firmes y sensuales. Estos atributos femeninos parecían contradecir la corona morena, cortada casi al rape y, nuevamente, con el nombre, renacía la figura de joven romántica: se llamaba Julieta Martín.

Al lado izquierdo de la Profe, muy erguido, elegante, de traje, anteojos y barba acicalada, alzó la voz el Dr. Bernardo Ramírez, especialista en Psicología Social y estudioso del modelo de autogestión cooperativa de Yugoslavia, quien, con toda propiedad, prosiguió informando que una de las metas principales era lograr la aprobación de la ley del Colegio Profesional de Psicólogos, lo que constituiría un gran avance para parar al montón de charlatanes que hasta hacían propaganda apelando a la parapsicología y la regresión a vidas anteriores para curar las enfermedades mentales.

Una segunda mirada en sentido inverso, sin embargo, también producía resultados interesantes. Sobre el escenario teatral, entonces, se encontraban tres personajes: a la derecha un hombre seguro, convencido de su capacidad de liderazgo y responsable por él mismo, presunto proveedor y guía de su clan; al centro una mujer que aparentaba abrazar

al movimiento hippie, si bien denotaba las inseguridades de quien sale de la cocina sin saber qué le va a deparar el destino. En la izquierda se situaba el futuro: un ser andrógino, mujer sensual de la cintura para abajo, frialdad contes-tataria de la cintura para arriba, incluido el pecho raso y el corte de muchachito bien portado.

La magia fue cortada por la voz nerviosa de la coordinadora, responsable de la charla inaugural, cuando una muchachita de cabello ondulado, parecida a Anita, levantó la mano y preguntó cómo iban a ser las evaluaciones. El profesor Ramírez advirtió que se basarían sobre todo en las conferencias y serían de cátedra, lo que significaba que todo el mundo tendría que responder a las mismas preguntas.

Esa primera conferencia fue un horror, pura mezcolanza de Watson, Pavlov y Freud, divisiones relacionadas con las áreas social (aunque la coordinadora aclaró que para ella toda la Psicología era social), fisiológica, educativa y clínica, seguidas por la motivación, percepción, pulsión y frustración, en un arroz con mango incomprensible, pero todo el mundo tomaba notas sin parar porque era obvio que iba a entrar en el examen.

Al momento de las preguntas, su vecino, sin dejar de acariciarse la barba azabache, levantó la mano y dijo que quería saber, ya que se había mencionado la percepción, por qué si las montañas eran verdes o castañas, o sea, estaban cubiertas de árboles o de tierra, se las veía azules. La Profe se quedó sin palabras y le dio por un revoleo de ojos desesperados hasta que musitó que ese no era su tema y lo iba a investigar, pero el Dr. Ramírez le salvó la tanda apelando a una compleja explicación relacionada con la atmósfera, los rayos solares, la refracción de la luz y la convexidad del planeta, aunque el

compañero le susurró que no estaba conforme con la respuesta porque lo mismo pasaba cuando estaba nublado.

Juan salió de esa primera clase sin plan fijo, no podía quedarse en la explanada en medio del ¡Pelo, pelo!, así que decidió ir directo hacia el lado del Edificio de Aulas y doblar al este por los lugares que no conocía: Medicina y Biología. Pasó el puente sobre la acequia y ahí mismo, entre los árboles, sacó la empanada que su mamá le había preparado y se la comió en seco, atragantado, con tal de no tener que enfrentar a los burlones que le podían ver ese temblor incontrolable en la mano derecha.

Regresó minutos antes de las dos para entrar en la clase de Historia, impartida por una señora avejentada que había estado en el gobierno y centraba su experiencia en la lucha contra el comunismo, al que achacaba todos los males. Los comunistas habían hecho fraude en las elecciones, perseguido a su familia, puesto bombas, declarado huelgas y, en fin, desgraciado la moral y el país, eso en Costa Rica, porque en Rusia, Stalin había metido a todos los opositores en campos de concentración. La profesora parecía fuera de sí y gesticulaba de tal forma que daba miedo se enojara más y les pegara. Además, su actitud señalaba que había que cuidarse mucho porque debía ser terrible con las notas.

Así fue el bautizo universitario y cuando regresó a su casa, la mamá lo recibió con orgullo, le calentó una cena especial en la hornilla que usaba para no gastar tanto carbón, y después se sentó a la par para preguntarle cómo le había ido. Masticando frijoles negros, Juan respondió que muy bien: primero había asistido a una conferencia en un teatro enorme y después a la clase de una señora enojada que hablaba de política. Ahí su mamá se preocupó y le aconsejó

que en eso no se metiera ni opinara, porque solo problemas traía. Entonces Juan preguntó que cuándo había sido el gobierno comunista y ella le dijo que nunca, Dios libre; había oído de uno muy metido que se llamaba Manuel Mora, el de las huelgas bananeras, pero gobernar nunca, eso no. Lo que evitó comentar fue el miedo al ¡Pelo, pelo! porque era tontera, la soledad temblorosa que sufrió bajo el güitite y la congoja al ver a tanta gente que usaba ropa de Miami y traía unos lapiceros Parker carísimos.

El segundo día comenzó mejor; los de las tijeras se mantenían al frente de la Biblioteca, así que con entrar por el lado oeste, meterse en Físico-Matemática y seguir directo al Edificio de Aulas se esquivaban sin problemas.

Al pasar frente a la Facultad de Derecho oyó la voz conocida de Javier, compañero de colegio, un gran abrazo y cómo te va. El pobre andaba medio despistado y estaba como él en el bloque de Estudios Generales y para mejor, de pura casualidad, habían matriculado el mismo grupo de Historia de las Instituciones, pero el día anterior se había perdido al no saber dónde quedaba el aula 220 hasta que alguien le explicó que siempre el primer número indica el nivel, o sea, obvio que estaba en el segundo piso y llegando ahí era solo seguir el orden.

Lastimosamente, en lugar de meterse en el Edificio de Aulas había ingresado a Ingeniería, que era una maraña donde los niveles estaban enredados y de un lado era tercero y por un pasadizo se llegaba al segundo, sin subir ni bajar.

—Decíme vos cómo se entiende este embrollo —reclamaba desorientado ante la falta de indicaciones precisas.

Javier se la pasó buscando hasta que por fin, la 220, una hora más tarde, y al entrar el profesor, solo por verle la cara, le preguntó si estaba extraviado porque esa era la clase de Mecánica Industrial y él, pidiendo disculpas, le contestó que iba a Historia de las Instituciones pero no podía encontrar el lugar. —Todo el mundo se rió, viera qué papelón. Volví a mi casa y me tomé un trago del whisky de mi tata —ojalá no se dé cuenta—. Apenas para entonarme y superar la pelada del siglo.

Juan meditó pensando que él estaba convencido de haberla pasado mal pero al compararse con Javier era evidente que no tenía motivos de queja, así que lo animó y le dijo: —Vení, vamos. Me gustaría seguir hablando pero no puedo perder la primera clase de Psicología, sobre todo porque ayer no entendí nada.

Subieron juntos las gradas de Físico-Matemática y atravesando el pasillo del primer piso —parece que Javier tenía el karma de encontrar laberintos— de pronto se metieron en un túnel oscuro y al final había una puerta cerrada con un círculo en rojo y una R encima, justo donde se suponía debían salir a la plaza. Al abrirla sonó la alarma y apareció un profesor con gabacha blanca gritándoles bravísimo que esa era zona de radiación y cómo se les ocurría ingresar. Salieron corriendo de regreso hasta darse cuenta de que no habían visto la salida, desde donde Javier se enfiló hacia Generales y él para el Edificio de Aulas y como Juan sabía el truco de los números no tardó nada en encontrar el lugar.

La Profe estaba acomodando la sillas en círculo y a la hora exacta comenzó explicando de nuevo la importancia de la Psicología, pero esta vez agregó que no creía en la división de las ciencias pues para comprender a las personas había

que saber de todo: Economía, Sociología, Derecho..., ya que trataban de aspectos relacionados con el quehacer humano y lo fundamental era entender por qué, para qué y cómo se avanzaba hacia la conciencia.

Una muchacha preguntó si se refería a la religión —a la conciencia interna que dicta la diferencia entre el bien y el mal— y apenas contó con un momento para negar con la cabeza. La estudiante no le dio tiempo para aclarar su punto de vista y se apresuró a expresar que la conciencia dependía de la moral y no podía haber moral sin religión, ante lo cual la Profe insistió lacónica que ese tópico lo iban a retomar después ya que había comenzado con un tema general pero el objetivo central de la clase introductoria era que se conocieran y, debido a la impuntualidad característica, resultaba imprescindible dar un compás de espera hasta que llegara el resto. Y así fue, unos veinte, la mayoría mujeres y solo tres muchachos: Juan, otro con la prestancia que da la familia de abolengo y el de las montañas.

La Profe les pidió que se presentaran, aclarando que podían decir lo que quisieran sobre sí mismos pero le gustaría saber por qué habían decidido estudiar Psicología.

Las muchachas empezaron: a todas les parecían divinos los chiquitos y querían ayudar a los demás. Juan dijo que le entusiasmaba estudiar la salud mental, el ricachón se llamaba Mario y se apuntaba con la investigación, la de los exámenes se presentó como Eulalia, interesada en la promoción de la paz y la concordia, y el de las montañas puso la nota seria porque era el Padre Francisco pero todos le decían Padre Chico y el obispo le había dado permiso de seguir estudiando por considerar que la Psicología era importante para entender mejor a los feligreses.

Ante la mirada incrédula de la mayoría que inspeccionaba disimuladamente la barba y los jeans nuevos, aclaró que en la universidad no usaba sotana para ser tratado como igual, sin beneficios especiales por su sagrada investidura. Juntó las manos y aspiró como para iniciar la homilía pero el momento espiritual se truncó ante la grosera interrupción de la Profe, quien se levantó sin dejarle el tiempo prudencial para concluir el mensaje, bruscamente despejó el escritorio y de una bolsa grande de cuero cosido en forma de parches sacó un montón de cosas de todo tipo y color.

—Vamos a conocernos de otra forma—, propuso, y del fondo rescató una semillita, presuntamente de sandía, y dijo: —Yo me parezco a esta semilla, tengo infinidad de información pero necesito que me rieguen para llegar a dar frutos. Eso es lo que espero de esta clase: con la ayuda de ustedes crecer cada día un poquito. Ahora les toca el turno, escojan lo que mejor los personifique.

Eulalia se abalanzó sobre la pintura de uñas y con un guiño susurró que le gustaba verse bien y acicalarse para estar bonita porque era un regalo para los demás tener cuidado de su persona y aprovechó para mencionar que tenía novio, se llamaba Jorge y era guapísimo.

Anaté optó por un disco y explicó que no era tanto por el placer de la música sino por amor a la danza y a la Profe le hizo gracia y comentó que las artes tenían mucho que ver con la Psicología.

Mario levantó una regla y dijo que las muchachas no debían darse por aludidas pues a él le gustaban los números, las estadísticas y también medir cosas y levantó una ceja para señalar los pechos de Eulalia.

El Padre Chico tomó una candelita y con voz de sermón aseguró que la luz guiaba las buenas intenciones y el camino hacia el bien.

Vilma sostenía una esponja y explicó que quería ser alguien que pudiera absorber todo el conocimiento del mundo.

De esa forma continuaron hasta que le tocó el turno a Juan, quien se excusó debido a que en la estampida él había quedado de último, cuando ya no podía escoger nada. La Profe le pidió que se fijara bien: una navaja dentada, con mango negro, permanecía sobre el escritorio. Juan, nervioso, insistió que no se podía identificar con un arma, es más, le daba escalofríos al recordarla ensangrentada en la escena del crimen.

—Leíste muchas novelas y no de caballería —dijo la Profe riéndose—. Todo depende del cristal con que se mire, por ejemplo, con ese cuchillo se pueden cortar las cuerdas de alguien amarrado, o desprender esquejes de un itabo y con el mismo hacer huecos y plantarlos y también sirve para un picadillo de chayote, sabrosísimo.

De fijo era la mejor idea siendo casi el mediodía. A manera de cierre repartió el programa del curso previa aclaración de que no se preocuparan por comprar ningún libro, pues estaban demasiado caros y para colmo ni siquiera correspondían a la cultura latinoamericana, por tanto no valía la pena que gastaran cuando estaban disponibles en la Biblioteca y si les interesaba algún capítulo podían sacar fotocopias en La Mini. Finalmente, como despedida, apuntó en la pizarra que el viernes iba a presentar su tesis y quería invitar a toda la clase.

Acerca de la autora



Mirta González Suárez es catedrática de la Escuela de Psicología de la Universidad de Costa Rica.

Fue electa subdirectora de la Escuela de Psicología (1980-84) y del Centro de Investigación en Estudios de la Mujer (2002-12). De 1993 a 1995 dirigió la Maestría en Estudios de la Mujer.

Cuenta con más de cuarenta artículos sobre temas de equidad, género y derechos humanos. Los libros *Psicología Política*, *Teorías Psicosociales (Comp.)* y *El sexismo en la educación*, han sido publicados por la Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Potencia la labor académica con la participación en luchas por los derechos de las mujeres, la defensa de condiciones laborales justas y la conservación de los ecosistemas.

Algunas de las distinciones que ha recibido son: Premio Nacional Aquileo J. Echeverría en Novela (2013), Dedicatoria del II Encuentro Nacional de Psicología Comunitaria, Universidad de Costa Rica, Universidad Nacional (2013), Reconocimiento: Constructora de Paz, otorgado por el Ministerio de Justicia y Paz (2013), Premio quinquenal Mirta González Suárez del Colegio Profesional de Psicólogos al mayor número de publicaciones (2008), Lámpara Dorada por los derechos de las mujeres. Colegio Internacional Canadiense (2008), Representante de las organizaciones sociales ante la Junta Directiva del Instituto Nacional de las Mujeres (1999-2002), Premio de ensayo UNAM y Editorial Plaza y Valdéz, México, sobre la "Identidad latinoamericana". (en conjunto con Daniel Flores Mora)(1993). En este último año fungió como coordinadora del V Congreso Internacional e Interdisciplinario de la Mujer (1993).

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

¿Qué prefiere: unirse al crimen organizado o jugar de detective? ¿O tal vez le guste observar los hechos, sin hacer nada?

Tiene en sus manos la historia de Juan, desde que ingresó a la universidad para estudiar Psicología hasta que años después encuentra –o cree encontrar– a Marilyn Monroe. Sobre ella todavía nos preguntamos: ¿suicidio o asesinato?

La vida del protagonista, como la de cualquier persona, está rodeada de crímenes, y los peores son los que quedan impunes, aquellos en los que el asesino –brutal o muy fino– puede esbozar una sonrisa de satisfacción por haber logrado evadir el castigo.

Cuando termine la novela, no olvide contestar con sinceridad:

- ¿Cuál es, en su opinión, el peor crimen?
- ¿Alguno en particular le hizo doler el corazón?
- ¿Hay otros a los que no les dio ninguna importancia?
- ¿Cuáles pasaron ante su indiferencia?
- ¿Sintió indignación cuando acribillaron a la joven de 18 años? ¿O tal vez pensó: “Ella se lo buscó”?
- ¿Considera que es un crimen encarcelar a quien nada tuvo que ver con el suceso?
- ¿Qué le afectó más: la violación y asesinato de las seis niñas en Alajuelita o los tiros que silenciaron a quien hacía reír con sus denuncias de corrupción?

Con respecto al daño producido: –¿Considera que tiene más impacto descuartizar a unas adolescentes y tirar sus brazos a un basurero o amenazar a un pueblo entero para que tenga miedo al votar?

En el momento de escoger. –¿Tomará simbólicamente el revólver, puñal o pluma junto con el asesino o hará algo para defender a las posibles víctimas?

Si resuelve unirse a la mafia, recuerde que no debe dejar rastros evidentes en la escena del crimen. Por cierto, ¿esa huella digital es suya?



*La realidad es
más increíble que
la ficción*

